

De esencias y de vínculos

Sería razonable considerar a James Gillray (1757-1815) el primer caricaturista profesional británico (George, 1967, p. 57; Hill, 1976), que nos dejó imágenes inolvidables de los asuntos públicos y privados durante el reinado de Jorge III. En sus caricaturas aparecen muy pocas personas agraciadas. En los salvajes retratos de la vida británica que dibujó, grabó y coloreó hacia 1800, por lo común se destacan los aristócratas rollizos y rubicundos sobre el resto, en tanto los pobres aparecen casi invariablemente como pequeños, enjutos y deformes. Si bien Gillray pintó a sus compatriotas con malicia, también los observó con agudeza.

Tomemos el asunto de la altura. Consideremos que, a los catorce años, los ingresantes a la Academia Militar Real de Sandhurst representaban la porción más saludable de la aristocracia y la nobleza, y que los jóvenes de la misma edad reclutados para el servicio naval a través de la Marine Society de Londres representan la porción más saludable de los pobres y desocupados de la ciudad. A comienzos del siglo XIX, los varones pobres de catorce años sólo medían en promedio un metro treinta centímetros, mientras que los aristócratas e hidalgos de la misma edad llegaban aproximadamente a un metro cincuenta y cinco centímetros (Floud, Wachter y Gregory, 1990, p. 197; para la historia de la Marine Society como un beneficio aristocrático, véase Colley, 1992, pp. 91-93). Un cadete militar principiante era en promedio veinticinco centímetros más alto que un marinero recién reclutado. Como por entonces los jóvenes pobres maduraban más tarde que los ricos, sus alturas convergían en la adultez entre tres y cinco centímetros. No obstante, podemos imaginar a sus pares del ejército: oficiales aristócratas que miraban ceñudamente a sus tropas plebeyas desde la superioridad que les daban sus quince o más